

Perspectivas – *Portuguese
Journal of Political Science
and International Relations*,
N.º 12, June 2014, 37-55
© NICPRI 2014

Identidad, democracia y legitimidad: La experiencia taiwanesa

Daniel Lemus Delgado

Daniel Lemus Delgado
Profesor investigador, Centro Asia Pacífico
Vicerrectoría Asociada de Internacionalización
Tecnológico de Monterrey
dlemus@itesm.mx

ISSN 1646-2157 (print)
© NICPRI 2014

RESUMEN:

Este artículo analiza la relación entre identidad nacional y la consolidación de la Democracia en el caso de Taiwán. Para ello, este artículo se basa en un enfoque teórico constructivista con el fin de argumentar que la identidad no sólo desempeñó un rol clave en la transformación de un régimen autoritario a un sistema democrático sino también ha favorecido la consolidación democrática. Asimismo, se argumenta que la identidad taiwanesa fue moldeada en una experiencia histórica, pero abierta a nuevos desarrollos e interpretaciones, en un fenómeno intersubjetivo.

Introducción

En marzo de 2014 la sociedad taiwanesa despertó en medio de un profundo debate sobre respaldar el Acuerdo de Comercio y Servicio. Este acuerdo había sido firmado entre el gobierno taiwanés y la República Popular China en la ciudad de Shanghái en junio de 2013 (Cole 2014). El intenso debate sobre lo que este acuerdo significa para el futuro de Taiwán rebasó las fronteras parlamentarias y tomó vida en las calles (Hsu 2014). El tema estaba en el epicentro de la opinión pública después de más de tres semanas de ocupación del Yuan legislativo por parte de estudiantes que se oponían a la manera en que se había negociado el acuerdo, así como por las repercusiones negativas que este acuerdo podría acarrear (Ramzy 2014). Las demandas de los manifestantes se centraron en renegociar el acuerdo, artículo por artículo, o anularlo totalmente (Spangler 2014). Así, las manifestaciones que ocurrieron en la isla y en otros 21 países mostraron que la sensibilidad taiwanesa respecto al acercamiento con China continental está a flor de piel (Tiezzi 2014). La movilización ciudadana, la respuesta del gobierno ante las duras críticas y el rol desempeñado por la oposición mostraron que en medio de estos desacuerdos Taiwán cuenta con una democracia vigorosa y vibrante. En retrospectiva, si miramos unas décadas atrás cuando existía un régimen dictatorial y represivo, es lógico preguntarse cuál fue el factor determinante en la consolidación de la democracia taiwanesa. En este artículo sugiero que no se puede considerar la democracia taiwanesa si se deja a lado la cuestión de la identidad nacional como fuente de legitimidad y competencia de las principales fuerzas políticas del país.

La posibilidad de que los jóvenes taiwaneses salieran a las calles a exigir transparencia y explicaciones a sus autoridades es consecuencia del hecho de que Taiwán experimentó una “revolución democrática” entre los años de 1988 y 2000 (Garver 2011). Si bien Taiwán puede ser clasificado como parte del grupo de países que Huntington (1993) denominó la tercera ola democrática, Taiwán ha recorrido un camino singular para consolidar un régimen democrático. Esta singularidad, sugiero, se basa fundamentalmente en la evolución de la identidad taiwanesa en un proceso permanente de búsqueda de reconocimiento internacional como un medio para fortalecer la identidad sobre sí mismos.

Este artículo tiene como objetivo analizar la experiencia taiwanesa en su proceso de consolidación democrática. El interés principal es analizar cómo las élites gubernamentales taiwanesa han incorporado las prácticas comunes democráticas como consecuencia de una competencia política en un proceso permanente de reformulación de tradiciones identitarias. Por lo tanto, desde una perspectiva

constructivista, este artículo se enfoca en analizar cómo la consolidación de un régimen democrático fue a la par de redefinir su identidad nacional en un contexto internacional.

El punto de partida de este artículo es el hecho de que democracia taiwanesa no se puede explicar si no se considera la formulación y reformulación de la identidad colectiva del pueblo taiwanés. A su vez, esta identidad está asociada a un contexto internacional en el cual la soberanía requiere del reconocimiento como la condición indispensable para que los Estados participen en el escenario internacional como un actor con pleno derecho. Desde esta perspectiva, importa no solamente tener una soberanía *de facto*, sino gozar de un reconocimiento internacional que permita identificar al Estado taiwanés como un Estado pleno, distinto y diferenciado. Un Estado que refleja una colectividad que cuenta con identidad única. De esta manera, a través de la construcción social de la identidad, en un proceso histórico-social, los ciudadanos taiwaneses han participado en la transformación de las estructuras gubernamentales generando espacios para el fortalecimiento de un sistema democrático.

El análisis de la experiencia taiwanesa en su ruta hacia la democracia es fundamental porque permite demostrar que la democratización no necesariamente es un sinónimo de occidentalización y que, cada comunidad, en una experiencia única, puede no sólo transitar a la democracia sino consolidar estructuras y espacios democráticos en un proceso de reconstrucción de su herencia histórica y cultural. De esta manera, a partir de esta experiencia única, las comunidades pueden apuntalar sus propios procesos democráticos.

Así, asumo que aunque la democracia no es una fórmula universal que puede ser trasplantada de manera automática de un país a otro, el caso taiwanés nos muestra cómo, en contextos no occidentales, se pueden generar condiciones para la consolidación democrática teniendo la identidad nacional como uno de los elementos fundamentales de legitimidad del poder político.

Para ilustrar el camino *sui generis* de la experiencia taiwanesa mi punto de partida es una aproximación al debate teórico sobre la relación entre democracia e identidad. Para ello, reconozco que la construcción social de la identidad es un proceso intersubjetivo y dinámico basado en la autoconciencia histórica y étnica (Brown 2004). Un proceso que sostiene una relación dialéctica entre los asuntos internos y el contexto internacional (Goff y Dunn 2004). Posteriormente, analizo la construcción y transformación de la identidad del pueblo taiwanés. Esta

Este artículo analiza la postura de los dos principales partidos políticos: el Kuomintang y el Partido Democrático Progresista, en el contexto del escenario internacional. Este artículo concluye que a pesar de las múltiples contradicciones, la identidad ha sido un factor fundamental para consolidar la experiencia democrática en el caso taiwanés.

PALABRAS CLAVES:

Identidad nacional, democracia, legitimidad, Taiwán.

identidad es contrastada con la transición hacia la democracia y con la postura asumida por los dos principales partidos políticos en el debate sobre el futuro de Taiwán en el escenario internacional. Finalmente, concluyo destacando las diferentes narraciones sobre la identidad taiwanesa como un producto de múltiples experiencias históricas que sirven como base de la legitimidad política.

Democracia, identidad nacional y constructivismo

Huntington propuso que entre los factores determinantes de la tercera ola democrática destacan los profundos problemas que experimentaban los sistemas autoritarios para alcanzar la legitimidad, la presencia de un crecimiento económico sin precedente, la presión de la Unión Europea y los Estados Unidos ante sus socios y aliados para que adoptaran prácticas democráticas y el efecto “bola de nieve” generado por las primeras transiciones democráticas. Específicamente, en el caso de Taiwán, advirtió que las altas tasas de crecimiento económico experimentadas entre los años de 1960 a 1980, acompañado por los procesos de alfabetización y educación generalizada, junto a un modelo relativamente igualitario de redistribución de la riqueza, generaron una transformación económica y social que eventualmente culminó con la transición democrática. Huntington precisa que este proceso fue gradual debido al arraigo de las ideas confucionistas presentes entre los miembros de la sociedad taiwanesa, las cuales actuaban como un freno para el proceso democratizador (Huntington 1993).

Por su parte, Hsieh estableció que el cambio cultural, la actitud de la élite, el surgimiento de un orden pluralístico, la presión estadounidense y el surgimiento de la clase media pueden explicar el proceso taiwanés de transición democrática; pero, propone además, que la identidad, en su dimensión étnica y nacional, fue un componente más en dicha transición (Hsieh 2000). Wachman (1994) advierte que si bien ciertos principios fueron articulados por la líderes taiwaneses para impulsar una reforma política, el ritmo y la secuencia de estos cambios fueron resultado de una interacción de intenciones más que de la aplicación de un modelo, en la que demanda de una mayor participación por aquellas personas privadas formalmente de sus derechos y la ausencia de un consenso respecto a una identidad nacional fueron una pieza clave. Por su parte, Chu and Lin advirtieron que el desarrollo político de Taiwán que culminó con la transición democrática, solo puede ser entendido si se toman en cuenta las aportaciones a la identidad nacional del pueblo taiwanés a partir de los dos ciclos de regímenes a los que

fue sometida la población taiwanesa en el siglo XX: el régimen japonés y el del Kuomintang (Chu y Lin 2001).

Fürst (2005) coloca al nuevo nacionalismo taiwanés como un elemento clave que permitió el fin de un sistema de partido. Ling y Shih (1998) sugieren que la transición democrática en el contexto postcolonial taiwanés abarca múltiples prácticas, ideales e instituciones que en ocasiones chocan entre sí y exceden los límites convencionales entre “liberalismo” y “confucionismo”, “disidencia” y “lealtad”, “representación” y “virtud”, “democracia” y “autoritarismo”; desde esta perspectiva, la transición democrática puede interpretarse como un movimiento desde abajo, como la respuesta a la búsqueda de una nueva identidad. Por su parte, Harrison (2006) señala que si se observa una emergencia del sentido de identidad taiwanesa posterior al fin de la época de la ley marcial, se debe a la acumulación simbólica del capital social bajo el nombre de Taiwán y la marginalización de otros nombres como consecuencia de un proceso previo en el que ser taiwanés o chino delimitaba la capacidad de la acción política; así, el resurgimiento del nombre de Taiwán es una manifestación del empoderamiento mismo de los ciudadanos y en este sentido, un elemento fundamental para la democracia. Stockton (2007) advierte que el proceso de democratización taiwanesa en los últimos años ha creado un espacio civil e institucional en el cual un debate colectivo sobre la identidad nacional tiene lugar; este debate, evidentemente, es asimilado por distintas corrientes políticas que buscan la preferencia electoral a partir de vincular sus propuestas políticas con cuestiones relacionadas a la identidad colectiva; por lo tanto, la idea sobre el significado de la identidad taiwanesa y su proyección en el escenario internacional es un elemento fundamental de la competencia política en un régimen democrático.

Si bien la búsqueda de una identidad nacional ha sido considerada un factor importante en el proceso de democratización taiwanesa, poco se ha explorado como este factor continúa siendo el factor más importante de la legitimidad democrática. Actualmente la búsqueda de una identidad taiwanesa sigue siendo el tema más polémico en los asuntos políticos domésticos e impacta en los asuntos internacionales incluyendo la relación con la China continental (Schubert 2011). Este artículo contribuye a la comprensión de la consolidación democrática al sugerir que la identidad nacional taiwanesa es una cuestión abierta que está aún en reformulación; por lo tanto, forma parte de la agenda de los partidos en sus propuestas políticas. De hecho, muchos de los debates públicos sobre un amplio margen de asuntos como la educación, las políticas medioambientales y la po-

lítica exterior son superpuestos por la cuestión de la identidad (Harrison 2006). El proceso de democratización de Taiwán ha obligado a sus líderes a competir por la legitimidad popular y una manera de hacerlo ha sido apelando a identidades nacionales (Horowitz, Heo y Tan 2007). En este sentido, la cuestión de la identidad va más allá de una cuestión cultural porque determina la legitimidad de la representación política al momento de que las colectividades se sienten representadas por aquellos líderes que alinean sus acciones con los intereses identitarios de la colectividad.

Es interesante hacer notar que tradicionalmente la idea de identidad ocupa un lugar incómodo al interior de los regímenes democráticos. Como lo ha advertido Gutmann (2003), los críticos destacan hasta qué punto las identidades de grupo restringen a los individuos más que liberarlos, debido a que generan estereotipos los cuales llevan a la negación de la propia individualidad y la negación de la libertad de adhesión. En cuanto a la identidad nacional y la democracia, el riesgo vislumbrado se encierra en el supuesto que la lógica del nacionalismo y la democracia pueden ser contradictorias, ya que el nacionalismo parece estar basado en una doctrina de exclusión mientras que la democracia parece sustentarse en una doctrina de inclusión (Helbing 2013). Al respecto, una de las principales inquietudes en la teoría política liberal sobre la relación entre identidad y cultura es la cuestión en cuanto a si las identidades particularistas son compatibles con el compromiso de asumir los valores universales como la libertad y la igualdad y, más específicamente, qué tipo de apego nacionalista es todavía posible en las democracias liberales pluralistas (Cronin 2003).

Sin embargo, sin identidades colectivas los individuos son atomizados ya que la identidad ayuda a afirmar el sentido de sí mismos y su pertenencia social (Gutmann 2003). De hecho, como lo ha argumentado Sharansky y Wolosky, la democracia y la identidad se refuerzan mutuamente ya que la identidad provee un sentido de existencia que permite superar los obstáculos y vivir una vida plena en significados en contextos sociales comunes (Sharansky y Wolosky 2008).

Ahora bien, en una democracia representativa, es esencial que los representantes puedan contraer compromisos en nombre de los miembros de la comunidad. En este sentido, es esencial que las personas tengan suficiente unidad y estructura organizacional para contar con representantes legítimos del pueblo, capaces de tomar decisiones vinculantes en nombre de las personas que representan; los actos del representante, por lo tanto, no pueden considerarse cuestiones personales, sino que deben ser vistos como actos genuinos derivados de una especie de voluntad colectiva.

Si bien es cierto no hay ninguna necesidad lógica de que la unidad de la sociedad dependa de una identidad nacional compartida, en una conceptualización en la que todos los miembros pertenecen al mismo Estado y en el cual los miembros de la sociedad se identifican como miembros de una colectividad que comparten una empresa común, contar con una identidad nacional puede unificar a la sociedad y así brindar legitimidad a las acciones de los representantes políticos (Moore 2001).

La identidad, al final de cuentas, responde a la inquietud sobre cómo nos identificamos, sobre la manera en que nos sentimos parte de un grupo o una comunidad. En este sentido, la pregunta básica que responde la identidad es sobre quiénes somos. Para responder a esta pregunta, entre los factores que nos identifican y con los cuales nos identificamos se encuentran la cuestión étnica, nacionalidad, cultura, ideología, religión, género y orientación sexual (Gutmann 2003). Ahora bien, la identidad social es la idea de la identificación de los individuos con los demás, ya sea con otros individuos o con grupos sociales. En el primer caso, la identidad social implica una relación individuo-individuo, como sucede en la identificación con los amigos particulares o familiares; en el segundo caso, la identidad social es una relación individuo-grupo, como en la identificación de grupos de acuerdo aspectos como idioma, el origen étnico, la religión o el trabajo. Si la identidad social lleva a los individuos a formar grupos, entonces la identificación de los individuos con los demás tiene diferentes sentidos en función de quién es responsable de la identificación (Davis y Marín 2009).

La identidad no es una cuestión dada, ajena al proceso de interiorización del sujeto. En la construcción de la identidad lo que se aprecia con claridad es un proceso de subjetivización. Al considerar los aspectos sobre la identidad uno debe dejar el mundo de los hechos y entrar al reino de los sentimientos y las creencias; la identidad puede ser más aparente que real y ser un sentimiento de pertenencia basado sobre la creencia que una comunidad existe y que uno pertenece a esa comunidad (Wachman 2008). Como lo ha señalado Melissa Brown (2004, 5), aunque comúnmente la identidad es vista como producto de la cultura y/o el linaje personal que nos encierra en una habitación en la que no existe espacio para una elección individual sobre permanecer o partir de ahí, la identidad es más bien el resultado de una construcción social a través de narrativas aceptadas y negadas como resultado de un proceso intersubjetivo. Lin, Wu y Lee (2006) advierten que la adopción de una identidad nacional no es el resultado exclusivo de la voluntad de consentimiento individual sino dicha identidad es resultado de un ejercicio cognitivo que, como todo proceso de aprendizaje, inevitablemente implica el cálculo

de recompensas y sanciones; por lo tanto, la elección individual es influenciada por el contexto social; así, la cultura y la elección son endógenas, influyen en la otra hasta que se alcanza un equilibrio.

En el caso taiwanés la adopción de la identidad nacional va de la mano del surgimiento y consolidación de una conciencia taiwanesa que en una de sus formas de expresión busca el reconocimiento internacional en el sistema de Estados nación. De hecho, si de facto la población taiwanesa vive bajo el cobijo de un Estado que goza de autonomía plena, pareciera contradictorio que en el centro del debate político se encuentre la disyuntiva entre optar por la reincorporación a la China continental en un esquema similar al caso hongkonés o se busque la total incorporación al sistema internacional a través del reconocimiento de su soberanía y con la posibilidad de participar como actor con derecho pleno en organismos internacionales como Naciones Unidas. Así la pregunta que se presenta es: ¿Por qué existe una estrecha relación entre legitimidad política, consolidación democrática e identidad nacional?

Desde el constructivismo, la clave para comprender la relación entre identidad nacional y consolidación democrática se encuentra en la idea la construcción social de la realidad, ya que los constructivistas afirman que las personas construyen su realidad social, incluyendo aspectos como el deber ser de la democracia y la identidad nacional (Kowert 1998). Onuf (1998) afirma que la sociedad hace a las personas y las personas hacen a la sociedad en un proceso dinámico y constante; por lo tanto, es un proceso dinámico en el que las cosas nos son dadas por naturaleza sino construidas en una relación intersubjetiva. Alexander Wendt (1992) en su trabajo pionero sobre el constructivismo argumenta que un principio fundamental es que las personas actúan hacia los objetos y hacia otras personas sobre la base de los significados que los objetos tienen para ellas; de manera similar, los actores del sistema internacional, incluyendo los Estados, adquieren identidades al participar en esos significados colectivos. Las identidades, son en palabras de Wendt, 'entendimientos específicos del rol y expectativas acerca del yo, relativamente estables' (Wendt 1992, 397). Las estructuras sociales por sí mismas no pueden servir como única base de la construcción completa de la identidad, ya que es por medio de los actos de habla como se sostienen los significados sociales, estructuras e instituciones que son construidas por prácticas lingüísticas normativas, lo que implica un proceso dinámico (Onuf 1998).

En este contexto, se puede afirmar que la identidad nacional no es innata, sino es un sentimiento social y políticamente construido sujeto a cambios, especialmente

bajo la movilización intensiva de las élites en épocas de transición de regímenes y/o reestructuración mundial (Chu y Lin 2003). De esta manera, la identidad nacional sobre lo que significa ser taiwanés ha evolucionado en las últimas décadas fortaleciendo la democracia por medio de la competencia electoral en búsqueda de legitimidad democrática a partir de la construcción, difusión y aceptación de un proyecto de identidad nacional que legitime a las fuerzas políticas que lo sostiene y genere una auténtica representatividad para generar acciones de carácter vinculante.

Legitimidad política, identidad nacional y reconocimiento internacional en la experiencia taiwanesa

Si aceptamos el hecho de que la identidad es socialmente construida y que la narración desempeña un rol fundamental en la construcción de la identidad porque permite dotar de sentido y significado a hechos y acontecimientos, entonces podemos asumir que en la conformación de la identidad nacional la narración histórica es fundamental. Desde esta perspectiva, lo que resulta trascendente no es tanto conocer los hechos históricos que han conformado nuestra memoria colectiva sobre un pasado que sigue impactando el presente, sino que es indispensable considerar la historia como reflejo de una narración selectiva en la que se niegan y se cierran ciertas posibilidades interpretativas. Las interpretaciones dominantes de una visión particular del pasado favorecen los intereses de ciertos grupos en detrimento de otros. Al respecto, Brown ha advertido que estas narraciones son a la vez narraciones ideológicas que buscan fines políticos concretos (Brown 2004).

Evidentemente, estas narraciones son dinámicas y son apropiadas o rechazadas por cada generación, en forma individual y colectiva; pero, desde las élites en el poder, ciertas narraciones son producidas, esparcidas e impuestas como una fuente de legitimidad política. Por esta razón, tradicionalmente la idea de la identidad nacional como vehículo para fortalecer la democracia parece contradictoria desde su origen ya que, si la narración que se apropia de un pasado para determinar cuál es el destino colectivo, es una narración única y exclusivista, ¿cómo se puede dar paso a las elecciones individuales, al diálogo, al debate y a las manifestaciones disidentes de esa monolítica idea que es la identidad nacional?

Sin embargo, Taiwán nos muestra como estas narraciones del pasado han sido asumidas y reasumidas en un esfuerzo por crear una identidad que permita vincular las elites gubernamentales con la sociedad y dote de legitimidad a sus

propuestas y acciones políticas. Así, lo que se observa en Taiwán no es solamente la transformación de las estructuras políticas, económicas y sociales de este territorio como producto de los cambios derivados de la interacción entre la población local y la llegada sucesiva de olas migratorias, sino cómo bajo estos hechos se han elaborado diversas interpretaciones sobre la cuestión identitaria reforzando los vínculos de pertenencia imaginaria a una identidad colectiva. Esto es posible a partir de responder la pregunta de quiénes somos nosotros en contraposición a quiénes son los otros. Lo importante del caso taiwanés es que la rivalidad política, en un marco democrático, ha permitido una competencia también en la manera en que se proclama qué es ser taiwanés. En consecuencia, lo que importa es determinar cómo lo taiwanés, concretizado en el Estado nación, debe relacionarse con otras identidades inmersas en fronteras físicas y culturales que enmarcan la existencia de otros países en el contexto internacional.

De hecho, en la historia de Taiwán podemos identificar un proceso en el cual durante varios miles de años la población de la isla fue conformada por sociedades isleñas de grupos de origen malayo-polinesio, a los cuales se les unieron muchos años después colonos itinerantes étnicamente Han provenientes principalmente de las provincias de Fujian y Guandong. En la primera mitad del siglo XVII, la isla parcialmente estuvo bajo dominio directo de los holandeses. Más tarde, los holandeses fueron expulsados por un ejército bajo el mando de Koxinga quien impulsó la primera migración masiva de chinos que propició el desplazamiento de los habitantes originales al interior de la isla. A la caída de la dinastía Ming se estableció el reino fugaz de Tungning que terminó rindiéndose ante la nueva dinastía Qing de origen Manchú. De esta forma, Taiwán pasó a formar parte del imperio Qing como una provincia más en el año de 1683. Tras la derrota en la Guerra sino-japonesa de 1895, debido a una de las cláusulas del Tratado de Shimonoseki, Taiwán pasó a ser parte de Japón. Mientras que Japón tomaba el control efectivo de la isla, entre los meses de mayo a octubre de 1895 Taiwán experimentó un gobierno republicano viviendo su primera independencia *de facto*. Durante la época de la dominación japonesa Taiwán percibió un notable desarrollo económico a costa de duras condiciones sociales y políticas. Una vez que los japoneses fueron derrotados en la Segunda Guerra Mundial Taiwán regresó a la tutela del gobierno chino convirtiéndose en una provincia más de la República de China. Finalmente, a la derrota del Kuomintang la isla fue ocupada por alrededor de tres millones de exiliados chinos quienes pusieron en marcha un gobierno autoritario y represivo, asumieron ante la comunidad internacional la soberanía de toda China

y convirtieron a la isla en la plataforma desde la cual esperaron regresar algún día a recuperar China (Harrison 2006, Roy 2003, Manthorpe 2008).

A partir de este talón de fondo, la historia contemporánea de Taiwán ha sido interpretada no sólo como un milagro económico sino también como un milagro político que, conforme a esta interpretación, ha posibilitado el establecimiento de la primera democracia estable en la prolongada tradición política de la civilización China (Garver 2011). Cuando los comunistas tomaron el control de Shanghái en 1949 el gobierno nacionalista estableció una economía de guerra en Taiwán y se proclamó la ley marcial; se instauraron políticas para regular la producción, el consumo, el ahorro, el comercio y la circulación de bienes. Asimismo, el Kuomintang estableció una serie de reformas políticas y administrativas para fortalecer el poder del partido y favorecer el control y la movilización de la población. Un “autoritarismo duro” se instaló en Taiwán. Bajo este autoritarismo la protección a los Derechos Humanos y los principios para el ejercicio de los derechos ciudadanos consagrados en la Constitución fueron congelados (Tien y Shiau 1992). Este régimen, aunque fue expulsado de las Naciones Unidas en 1971 y se convirtió en uno de los más aislados después de 1972, sobrevivió en gran medida debido al apoyo brindado por los Estados Unidos bajo la lógica imperante en el contexto de la Guerra Fría y la importancia geopolítica que encierra la isla. Así, a pesar de que Estados Unidos restableció en 1979 relaciones diplomáticas con China comunista bajo el principio de “una sola China” que identifica a Taiwán como una provincia más de la República Popular, Taiwán obtuvo la promesa de defensa estadounidense si China un día invadía la isla. A partir de 1987, el régimen del Kuomintang asumió una serie de medidas graduales para liberalizar la sociedad e implementar una reforma democrática. Se abolió la ley marcial, se permitió la fundación de partidos políticos de oposición, se obligó a la renuncia de las autoridades que gozaban de cargos vitalicios y que no habían sido electas democráticamente; finalmente, se organizaron elecciones libres, transparentes y democráticas tanto para el poder legislativo como ejecutivo. Todas estas reformas concluyeron con el triunfo de la oposición en la elección de la Presidencia de la República en el año 2000 (Chu y Lin 2001, Roy 2003, Manthorpe 2008, Garver 2011). Así, el sistema de partido único fue remplazado por un sistema multipartidista institucionalizado ampliamente competido en que las elecciones fueron más allá de solamente elegir entre las personalidades de los candidatos, sino escoger entre una variedad de propuestas políticas sobre una amplia pluralidad de temas (Fell 2007).

En paralelo a esta *Gran Historia*, la historia cotidiana de los habitantes de la isla

se tejió en una serie de encuentros y desencuentros entre las etnias originales de la isla y el arribo de migrantes. Estas *pequeñas historias* entre gobernantes y gobernados; nativos y fuereños; habitantes de las montañas y de las costas; hombres y mujeres, inventaron y reinventaron una y otra vez su propio sentido de pertenencia dando paso a nuevas sociedades. De esta manera, en paralelo a la conformación de una identidad nacional, estas identidades individuales fueron construidas, formadas y negociadas en cada experiencia diaria como resultado de las interacciones sociales; sin embargo, estas identidades cuando fueron recuperadas para construir una identidad nacional, fueron enmarcadas por los intereses de los líderes políticos como identidades fijas, con fronteras precisas, en las cuales las experiencias individuales fueron borradas (Brown 2004).

Las distintas narrativas sobre la identidad nacional no han sido más que una competencia por poder (Wachman 1994). Particularmente, desde la instalación de un sistema democrático, la lealtad de los electores hacia los partidos políticos toma en cuenta principalmente las propuestas que hacen sobre la relación que Taiwán debe mantener con China continental, lo que no es otra cosa más que el reflejo de como la identidad nacional taiwanesa es propuesta y asumida, apropiada o rechazada (Rigger 2014). Pero, en el caso taiwanés, estas narrativas han estado influenciadas directamente por la presión de intereses extranjeros. Así, los asuntos domésticos y las estructuras internacionales se han mezclado e influido mutuamente en la construcción de una identidad nacional taiwanesa.

Un ejemplo de este hecho es la influencia de China. Gold (2008) propone que la búsqueda de la identidad taiwanesa ha estado bajo la triple sombra china. En primer lugar, una sombra derivada del contexto geográfico; Taiwán, a una distancia de cien millas de las China continental, debido a su posición geográfica ha desempeñado un rol significativo como albergue de miles de migrantes chinos, particularmente a partir del siglo XVII, quienes llegaron trayendo consigo la cultura china y los valores sociales confucianos. Una segunda sombra es el arribo del régimen del Kuomintang que impuso un sistema educativo inspirado en el modelo tradicional chino; fomentó que los medios de comunicación y los asuntos culturales estuvieran bajo el control directo del Kuomintang; impuso el mandarín como idioma oficial mientras que la presencia de los dialectos taiwaneses fue duramente restringida. Así, el discurso oficial difundió la idea de que Taiwán era el sitio en que se asentó el gobierno legítimo de toda China; por lo tanto, los habitantes de la isla tenían la encomienda de preservar los valores tradicionales de la civilización china que estaban severamente amenazados por las acciones

de los comunistas en la China continental. Finalmente otra sombra ha sido el propio gobierno comunista que pasó de las serias amenazas de invadir la isla a una presión “suave” para que Taiwán se reincorpore a China bajo la fórmula de “un país, dos sistemas”, aunque se reserve el derecho de utilizar todos los medios posibles, incluyendo el uso de la fuerza, para impedir que algún día los taiwaneses declaren formalmente su independencia.

No sólo las sombras de China han influido en la percepción de la población taiwanesa sobre aquello que debería de conformar la identidad nacional. Chu y Lin (2001) han demostrado como el régimen colonial japonés, aunque sumamente represivo, permitió el despegue económico de Taiwán y otorgó una ciudadanía parcial a sus habitantes, particularmente a las élites. Así la élite taiwanesa se debatía entre ser considerado como ciudadanos japoneses de segunda categoría o emprender su propia búsqueda de una identidad diferente y original.

La *Pax Americana* al final de la Guerra Fría generó un nuevo espacio para la redefinición de la identidad taiwanesa en la medida en que impulsó una confianza generalizada sobre el liberalismo político como la mejor forma de gobierno, difundió la impresión de un panorama alentador al proceso democrático que recién iniciaba en Taiwán y brindó una sensación de un futuro pacífico colocando en el centro del debate el tipo de Estado que debería ser Taiwán (Chu 2011).

La presencia de múltiples experiencias en el pasado, de diversos modelos políticos de control y dominación experimentados por los habitantes de la isla y de una amplia diversidad de interacciones entre distintos grupos y subgrupos étnicos permiten afirmar que la historia taiwanesa ha estado abierta a múltiples interpretaciones y con ello, múltiples narraciones capaces de construir propuestas identitarias que están en competencia. La idea convencional señala que la identidad nacional taiwanesa es principalmente un reflejo de sub etnicidad *Han*, el grupo étnico más grande de Taiwán que comprende alrededor del 98 por ciento de la población, pero que está compuesto por tres grupos subétnicos: Minanese, Hakka y continentales (62, 21 y 15 por ciento respectivamente) (Lin, Wu y Lee 2006). Sin embargo, la identidad nacional taiwanesa antes de ser étnica o cultural es producto de una narración histórica en particular, una interpretación del pasado que permite a los individuos fijar sus referentes mentales y establecer las fronteras identitarias desde las cuales deciden asumir su participación política.

Definir la cuestión de la identidad nacional no es un asunto menor ni para los habitantes de China continental ni para los de Taiwán porque esta definición está

estrechamente vinculada a asuntos sensiblemente políticos. Wachman (1994) ha planteado una serie de interrogantes que evidencia como la identidad nacional tiene un impacto en la vida política sin desprenderse totalmente de su dimensión cultural. Entre estas preguntas se encuentran: ¿Qué constituye China, la República Popular o Taiwán? ¿Quiénes debe decidir sobre los asuntos de Taiwán? ¿China estará completa cuando la parte continental e insular tengan una política única con un solo gobierno? ¿Es posible distinguir lo “taiwanés” de lo “chino”? ¿Se puede ser culturalmente chino y políticamente taiwanés? Estas preguntas plantean, en el fondo, una inquietud mayor sobre el futuro del pueblo taiwanés y cómo este futuro dependerá de la generación y aceptación de una identidad nacional común. Ahora, la diferencia se encuentra en que la idea sobre lo que debe ser esta identidad puede ser debatida y consensuada desde un ejercicio democrático sin ser impuesta por una élite en el poder; por lo tanto, puede ser una identidad construida “desde abajo”, más cercana a las vivencias y aspiraciones de las personas comunes derivadas de sus procesos de interacción social.

Identidad y Legitimidad en competencia

Desde 1945 hasta 1990 el régimen del KMT consideró que Taiwán pertenecía a China como cualquier provincia; en consecuencia, la identidad nacional debía ser la china generalizándose la apreciación según la cual los habitantes de la isla aunque no todos era étnicamente Han compartían un legado cultural más amplio capaz de borrar las diferencias étnicas (Damm 2011). El no ser de China continental se convirtió en el factor de exclusión en el gobierno y de resentimiento por parte de la población originaria que por esta razón se veía impedida a participar en el gobierno (Wachman 1994) A partir del proceso de transición democrática comenzó el debate sobre nueva identidad taiwanesa que destacó la amalgama de los pueblos originarios con la cultura Han y la necesidad de recuperar el legado que la cultura japonesa había dejado en la isla (Brown 2004). Cuando Taiwán inició la transición democrática el país se encontraba en una profunda división entre dos grupos sub-étnicos: los taiwaneses de origen y los migrantes o descendientes de migrantes de la China continental (Garver 2011). Esta tendencia ha polarizado el espectro político de Taiwán; en el extremo izquierda de este espectro se apela a una identidad taiwanesa exclusiva y trágica y mantiene posturas en contra de la China continental; el centro izquierda incluye apelaciones más inclusivas y propone el surgimiento del “nuevo taiwanés”; el centro mantiene una doble identidad reconociendo tanto la identidad taiwanesa como la china; el centro

derecha apoya una identidad de la República de China y la extrema derecha es la postura de un mayor nacionalismo chino (Fell 2011)

Las interrogantes sobre el futuro de Taiwán apelando a la identidad nacional es el centro del debate de las propuestas políticas de los dos principales partidos políticos el PDP y KMT. En tiempos recientes lo que se observa es que distintas identidades han estado compitiendo por la supremacía. Si bien la diferencias entre el PDP y KMT van más allá de la cuestión de la identidad, es este tema el factor de legitimidad política (Rigger 2014). La primera señala que Taiwán es parte de China y aspira a la eventual reunificación con la China continental; la otra, afirma una singularidad de lo taiwanés como una identidad distinta a la china y asume una postura a favor de la independencia. La primera postura es defendida por el KMT mientras que la segunda por el PDP. Cada una de estas identidades han generado una narración distinta, presenta un diferente acercamiento al estatus quo de Taiwán y tienen una visión contraria sobre el futuro de Taiwán (Wu 2011). Una vez que han conquistado el poder político, tanto el PDP como el KMT han instituido discursos historiográficos que buscan generar cierto sentido de pertenencia, independencia, liberación o descolonización, conceptos que adquieren significados específicos sobre lo que es ser taiwanés (Heylen 2011).

Desde los primeros años de la transición democrática para los miembros del PDP la democracia fue concebida como un método conveniente, legítimo y poderoso por el cual Taiwán podía y debía alcanzar una independencia plena. Para los miembros del PDP, la idea de una independencia total era la principal preferencia política de la mayoría de los nacidos en Taiwán e incluso de las jóvenes generaciones, que aunque habían nacido en la China continental, ya se identificaban más como taiwaneses. Asimismo, consideraban que Taiwán estaba en mejores condiciones que Hong Kong para alcanzar su independencia porque sus capacidades defensivas, su gobierno central sólido, su considerable mercado interno y su economía altamente internacionalizada. En cambio para los miembros del KMT, la democracia impulsaría a la sociedad de la China inspirando el activismo democrático, generando la esperanza de una pacífica reunificación pero bajo el contexto de una China liberal; la democracia en Taiwán era considerada así como la esperanza del futuro de toda China (Cheng 1993). Si bien, el discurso de estas dos fuerzas políticas ha evolucionado desde entonces, en el fondo continúa el debate sobre un mayor acercamiento o distanciamiento con la China continental lo que ha llevado al planteamiento de “Una China con diferentes interpretaciones” (Wu 2011).

La competencia política expresada en la definición y adopción de una identidad es fundamental para las dos fuerzas políticas porque determina el tipo de relación que se procura establecer con el resto de la comunidad internacional. Al parecer, no solamente es cuestión de soberanía en un sentido abstracto o de los beneficios concretos que implica: crecimiento económico, independencia política, participación en organismos internacionales. El asunto va más allá, es un asunto sobre lo que esperamos ser – nuestro futuro – a partir de lo que somos ahora – nuestra identidad – y cómo es percibida por los demás – reconocimiento internacional –. Durante el periodo democrático este debate ha permitido consolidar la democracia porque impacta profundamente uno de los aspectos fundamentales de cualquier persona: la identidad.

Conclusión

La búsqueda de una identidad nacional es una pieza clave en el proceso de consolidación democrática en Taiwán. La identidad, al no ser un elemento dado por naturaleza, sino que es construida socialmente en contextos históricos particulares, permite siempre una nueva interpretación. Como lo constructivistas señalan, la identidad es lo que las sociedades hacen de ella, en un proceso en que las estructuras materiales y mentales se influyen mutuamente generando significados que permiten a los miembros de una comunidad sentirse parte de esta comunidad. En el caso de los Estados nación, la identidad es lo que determina sus intereses, aspiraciones y comportamiento en el escenario internacional. Al ser un contexto internacional anárquico, la soberanía de los Estados y su reconocimiento internacionales permite a los Estados asumir ciertas pautas que determinan lo que los Estados son en referencia a los demás agentes de la comunidad internacional. Aunque la identidad nacional ha sido vista con sospecha sobre el hecho de que en ciertas experiencias concretas este tipo de identidad ha sido un freno a la libertad individual y a la capacidad de los ciudadanos para que participen con sus derechos plenos, el caso de Taiwán ilustra cómo la búsqueda de una identidad nacional puede ser un elemento que consolide la democracia siempre que permita un debate abierto, profundo y sensible sobre lo que la identidad nacional debe ser. En Taiwán esto es posible porque se trata de un país que ha sido afectado por múltiples influencias culturales, migraciones y formas impuestas de gobierno por parte de comunidades extranjeras. Todas estas experiencias han sido narradas desde una perspectiva en particular para justificar ciertos sistemas políticos, pero desde el inicio del proceso de transición democrática se abrió la puerta a

la construcción de nuevas narraciones interpretativas sobre el pasado y sobre el destino en común de Taiwán. Ahora la identidad nacional es una posibilidad viva y latente, abierta al debate y enarbolada por distintas fuerzas políticas que aspiran así a alcanzar la legitimización. La identidad taiwanesa es, ante todo, una experiencia sociopolítica común (Brown 2004) que puede ser comprendida mejor como una producción de constantes significados la cual ocurre en múltiples niveles (Harrison 2006). En este contexto, este artículo contribuye a la comprensión de los elementos que permiten la consolidación democrática a partir del caso taiwanés en el que la identidad nacional, la democracia y la legitimidad política pueden ir de la mano cuando nuevas narrativas del pasado son creadas y recreadas en un esfuerzo por encontrar un lugar en el mundo a partir del intento de responder a la pregunta más básica que rebasa las fronteras políticas: ¿quiénes somos?

BIBLIOGRAFÍA

Brown, Melissa J. *Is Taiwan Chinese?: the impact of culture, power, and migration on changing identities*. Berkeley: University of California Press, 2004.

Cheng, Tun-jen. «Democracy and Taiwan-Mainland China Ties: A Critique of Three Dominant Views.» *Journal of Northeast Asian Studies* 12, n° 1 (1993): 72-89.

Chu, Yun-han. «Navigating between China and the United States: Taiwan's Politics of Identity.» En *Taiwanese Identity in the 21st Century*, editado por Gunter Schubert, & Jens Damm, 133-154. Londres: Routledge, 2011.

Chu, Yun-Han, y Chia-lung Lin. «Consolidating Taiwan's New Democracy Amid Competing National Identities.» En *China Today: Economic Reforms, Social Cohesion and Collective Identities*, editado por Leila Fernández-Stembridge, & Taciana Fisac, 240-267. Londres: Routledge Curzon, 2003.

Chu, Yun-han, y Jih-wen Lin. «Political development in 20th-century Taiwan: State-building, regime transformation and the construction of national identity.» *The China Quarterly* 165 (2001): 102-129.

Cole, Michael J. «Sunflowers in Springtime: Taiwan's Crisis and the End of an Era in Cross-Strait Cooperation.» *China Brief* 14, n° 7 (2014): 5-8.

Cronin, Ciaran. «Democracy and collective identity: in defence of constitutional patriotism.» *European journal of philosophy* 11, n° 1 (2003): 1-28.

Damm, Jens. «From 'Overseas Chinese' to 'Overseas Taiwanese': questions of identity and belonging.» En *Taiwanese Identity in the 21st Century*, editado por Gunter Schubert, & Jens Damm, 51-71. Londres: Routledge, 2011.

Davis, John B., y Solange R. Marín. «Identity and democracy: linking individual and social reasoning.» *Development* 52, n° 4 (2009): 500-508.

Fell, Dafydd. «Democracy on the Rocks: Taiwan's Troubled Political System Since 2000.» *Harvard Asia Pacific Review* 9, n.º 1 (2007): 21-25.

Fell, Dafydd. «The polarization of Taiwan's Party Competition in the DPP era.» En *Taiwan's Democracy: Economic and Political Challenges*, editado por Robert Ash, John W. Garver, & Penelope Prime, 75-97. Londres: Routledge, 2011.

Fürst, Rudolf. «Taiwan – A Maturing Chinese Democracy.» *Perspectives. Review of International Affairs* 13, n.º 1 (2005): 42-60.

Garver, John W. «Introduction : Taiwan's democratic consolidation.» En *Taiwan's democracy : economic and political challenges*, editado por Robert Ash, John W. Garver, & Penelope B. Prime, 1-34. Londres: Routledge, 2011.

Goff, Patricia, y Kevin C. Dunn. «Introduction: In Defense of Identity.» En *Identity and global politics: theoretical and empirical elaborations*, editado por Patricia Goff, & Kevin C. Dunn, 1-18. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.

Gold, Thomas. «Taiwan's Quest for Identity in the Shadow of China.» En *The Politics of Modern Taiwan*, editado por Dafydd Fell, 83-103. Londres: Routledge, 2008.

Gutmann, Amy. *Identity in Democracy*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003.

Harrison, Mark. *Legitimacy, Meaning and Knowledge in the Making of Taiwanese*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006.

Helbing, Marc. «Nationalism and Democracy: Competing or Complementary Logics?» *Living Reviews in Democracy* 4 (2013): 1-14.

Heylen, Ann. «Legacies of Memory and Belonging in Taiwan History.» En *Taiwanese Identity in the 21st Century*, editado por Gunter Schubert, & Jens Damm, 17-34. Londres: Routledge, 2011.

Horowitz, Shale, Uk Heo, y Alexander C. Tan. «Democratization and National Identity in the China-Taiwan and Korean Conflicts.» En *Identity and Change in East Asian Conflicts: The Case of China, Taiwan, and the Koreas*, editado por Shale Horowitz, Uk Heo, & Alexander C. Tan, 1-26. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2007.

Hsieh, John Fuh-sheng. «East Asian Culture and Democratic Transition, With Special Reference to the Case of Taiwan.» *Journal of Asian and African Studies* 35, n.º 1 (2000): 29-42.

Hsu, Jenny W. «Thousands Protest Taiwan's Trade Pact with China.» *The Wall Street Journal*. 30 de marzo de 2014. <http://online.wsj.com/news/articles/SB10001424052702303978304579470552484527172> (último acceso: 5 de mayo de 2014).

Huntington, Samuel P. *The Third Wave: Democratization in the Late 20th Century*. Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1993.

Kowert, Paul. «Agent versus Structure in the Construction of National Identity.» En *International Relations in a Constructed World*, editado por Vendulka Kubalkova, Nicholas G. Onuf, & Paul Kowert, 101-122. Nueva York: ME Sharpe, 1998.

Lin, Tse-Min, Chin-En Wu, y Feng-Yu Lee. «“Neighborhood” Influence on the Formation of National Identity in Taiwan: Spatial Regression with Disjoint Neighborhoods.» *Political Research Quarterly* 59, n.º 1 (2006): 35-46.

- Ling, Lily HM, y Chih-yu Shih. «Confucianism with a Liberal Face: The Meaning of Democratic Politics in Postcolonial Taiwan.» *The Review of Politics*, n° 60 (1998): 55-82.
- Manthorpe, Jonathan. *Forbidden Nation: A History of Taiwan*. Nueva York: Macmillan, 2008.
- Moore, Margaret. «Normative justifications for liberal nationalism: justice, democracy and national identity.» *Nations and nationalism* 7, n° 1 (2001): 1-20.
- Onuf, Nicholas. «Constructivism, a user's manual.» En *International Relations in a Constructed World*, editado por Vendulka Kubalkova, Nicholas G. Onuf, & Paul Kowert, 58-78. Nueva York: ME Sharpe, 1998.
- Ramzy, Austin. «Students End Occupation of Taiwan's Legislature.» *The New York Times*. 10 de abril de 2014. http://sinosphere.blogs.nytimes.com/2014/04/10/students-prepare-to-end-occupation-of-taiwans-legislature/?_php=true&_type=blogs&_r=0 (último acceso: 05 de mayo de 2014).
- Rigger, Shelley. «Political Parties and Identity Politics in Taiwan.» En *New Challenges for Maturing Democracies in Korea and Taiwan*, editado por Larry Diamond, & Gi-Wook Shin, 106-132. Stanford: Stanford University Press, 2014.
- Roy, Denny. *Taiwan: A Political History*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2003.
- Schubert, Gunter. «Introduction.» En *Taiwanese Identity in the 21st Century: Domestic, Regional and Global Perspectives*, editado por Gunter Schubert, & Jens Damm, 1-14. Londres: Routledge, 2011.
- Sharansky, Natan, y Shira Wolosky. *Defending Identity: Its Indispensable Role in Protecting Democracy*. Filadelfia: Public Affairs, 2008.
- Spangler, Jonathan. «Taiwan and the Future of the Cross-Strait Services Trade Agreement.» 27 de marzo de 2014. <http://thediplomat.com/2014/03/taiwan-and-the-future-of-the-cross-strait-services-trade-agreement/> (último acceso: 5 de mayo de 2014).
- Stockton, Hans. «Taiwan: Political and National Security of Becoming 'Taiwanese'.» En *Identity and Changes in East Asian Conflicts: The Cases of China, Taiwan, and the Koreas*, editado por Shale Horowitz, Uk Heo, & Alexander C. Tan, 49-70. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2007.
- Tien, Hung-mao, y Chyuan-jeng Shiau. «Taiwan's Democratization: A Summary.» *World Affairs*, 1992: 58-61.
- Tiezzi, Shannon. «Taiwan's 'Sunflower Movement' Goes Global.» *The Diplomat*. 02 de abril de 2014. <http://thediplomat.com/2014/04/taiwans-sunflower-movement-goes-global/> (último acceso: 05 de mayo de 2014).
- Wachman, Alan. «Competing Identities in Taiwan.» En *The Politics of Modern Taiwan*, editado por Dafydd Fell, 126-192. Londres: Routledge, 2008.
- . *Taiwan: National Identity and Democratization*. Nueva York: ME Sharpe, 1994.
- Wendt, Alexander. «Anarchy is what states make of it: the social construction of the power politics.» *International Organization* 46, n° 2 (1992): 391-425.
- Wu, Yu-Shan. «The Evolution of the KMT's Stance on the One-China Principle: National Identity in Flux.» En *Taiwanese Identity in the 21st Century*, editado por Gunter Schubert, & Jens Damm, 51-71. Londres: Routledge, 2011.